

Allá en el golfo

Escribe: ADEL LOPEZ GOMEZ

— I —

HITO.—El rancho de Jesusita Morales estaba construido al final del kilómetro siete de la carretera en construcción. No era más que una casita de vara en tierra, techada con hojas de palma, en el propio límite de la áspera selva, muy cerca del mar. Hacia el interior avanzaban los trabajos de desmonte, bajo el implacable sol o la lluvia copiosa. La mujer vivía allí, con su pequeño hijo Tristán. Tenía, anexo, su humilde negocio de licores y baratijas, para venderlos a los trabajadores de la construcción. En el curso de los tórridos días, había conocido a Cecilio Ruiz, una cejita de luz en la solitaria aventura de la mujer...

Susa (entrañablemente).—Qué dicha, viejo, tenerte otra vez...

Cecilio.—Pues dále gracias a mi Dios que siquiera volví. Has de saber que este negocio se está poniendo más azaroso todos los días.

Susa.—A quién se lo venís a decir, Cecilio... Desde el día en que te fuiste no he pegado los ojos una sola noche.

Cecilio (cariñoso).—Tampoco hay que poner las cosas tan apuradas. Lo que hay es que los guardas de la aduana están ya muy orejones y hay que abrir mucho el ojo para que no lo agarren a uno.

Susa (angustiada).—Virgen de los Desamparados... Si te llegan a agarrar esos hombres...

Cecilio.—Tanto como agarrarme... Es mucha la malicia que tienen que tener para conocerme a mí los andaderos.

Susa (orgullosa).—Pues eso sí es la pura verdá porque vos sos liso, como un pescao.

Cecilio.—Aprende uno...

Susa.—Pero no te confiés mucho. Acordáte lo que dice el dicho: “tanto rueda el cántaro al agua...”.

Cecilio.—“...hasta que al fin se quiebra”. Lo sé, mija. Pero entonces, ¿qué voy a hacer?

Susa.—Lo que te he dicho tánto. Quedáte aquí, conmigo. Podemos manejar juntos el negocito, y ahí va uno poco a poco. Metiéndole una platica más, cómo ha de ser que no dé para los dos...

Cecilio.—No creás.

Susa.—Ahora están trayendo gente nueva y hace falta un hombre para poder atender bien a los clientes... ¿Por qué no dejás ya eso del contrabando y trabajamos aquí juntos?

Cecilio (con decisión).—Ni bamba, mija. Este chucito es suyo y no nos le podemos dedicar los dos. Déjeme a mí con mi champa y mi contrabandito, y verá cómo nos paramos. Lo que necesitamos es una plata buenita para poder largarnos.

Susa (esperanzada).—Qué más nos quisiéramos vos y yo...

Cecilio.—¿O es que estás muy contenta en estos morideros?

Susa (vivamente).—Contenta no. Sería la mujer más feliz de la tierra si algún día...

Cecilio.—¿Y entonces?

Susa.—Ojalá pudiéramos establecernos con una buena tienda en Chigorodó.

Cecilio.—Precisamente. Por eso no puedo dejar lo mío todavía. Tenemos que machucar duro todavía hasta coger alitas.

Susa.—El miedo mío es que de pronto te agarren los guardas y te lo quiten todo.

Cecilio.—Todo tiene su peligro, mija. Hasta la plata en el baúl.

Susa.—Ahí está la Virgen. Pero yo siempre vivo con mucho susto. De pronto hasta te matan en uno de esos caños, como a cualquier bandolero.

Cecilio.—Bueno, en fin, Dios sabrá. Hay que darle tiempo al tiempo. Lo que es ahora siempre pude traer mis cosas sin que pasara nada.

Susa (interesada).—¿Y qué lograste pasar al fin?

Cecilio.—Trescientos paquetes de cigarrillos americanos, una ropita de mujer y unas sobrecamas japonesas.

Susa.—¿Y dónde lo dejaste todo?

Cecilio.—Enterrado donde sabemos.

Susa.—¿Qué vas a hacer con esa mercancía?

Cecilio.—Por esa parte no hay problema. Las cosas están seguras donde están. Voy a quedarme unos días aquí en la casa para que así no malicien, y después reparto las cosas. Lo que sobra es quien compre.

Susa.—Sabélo que te admiro, *Cecilio*.

Cecilio.—Más te admiro yo... Vivir solita, en medio de toda esta negramenta por ganar a duras penas el sancocho de todos los días.

Susa (mansamente).—Estoy acostumbrada, ya ves. Toda la vida no he hecho más que trabajar.

Cecilio.—Pobre mi negra...

Susa.—¿Pobre por qué? Te tengo a vos...

Cecilio (hoscamente).—Para lo que te sirvo...

Susa.—¿Cómo que para qué? Para querernos... Has de saber que si no te tuviera, y sin mi muchachito, ya hasta me hubiera muerto...

Cecilio.—Dejáte de hablar carajadas.

Susa.—No son carajadas, *Cecilio*. Uno piensa a veces cosas así. Si a veces, cuando estoy tan sola, no me acordara de tí...

Cecilio.—No la aflojés vieja. Hay que tener confianza. Algún día se nos tiene que voltiar el Cristo.

Susa.—Sí. En eso tenés razón. Más tiene mi Dios que darnos que nosotros que pedirle...

HITO.—Sí. Estaba la esperanza. Pero en el laborioso pasado de la mujer de Cecilio Ruiz, estaba Vitalino Zuluaga. Un perdulario de Dabeiba, nadie menos que el padre de Tristán, con quien Jesusita viviera los asustados días de su primera juventud. Un sujeto de mala entraña a quien la mujer odiaba y temía como al peor enemigo de su humilde lucha. Por causa suya había huído del pueblo mediterráneo hasta llegar a la brava orilla, a los brazos amantes de Cecilio Ruiz... Pero ahora, sin que ella lo supiera, el matón andaba por tierras del Golfo. Y ahí estaba, a unos cuantos kilómetros del rancho de la fugitiva, en el pueblecillo de Turbo, departiendo con un amigo nuevo, en la cantina de Arnulfo Góez.

Lolo (insinuante).—¿De modo que el amigo es de Santa Rosa de Osos?

Vitalino.—No, de Dabeiba.

Lolo.—Ah, de Dabeiba... ¿Un pueblo medio azarosón, no?

Vitalino. (irónico).—Eso dicen por ahí, paisano. A mí no me parece tanto.

Lolo.—¿Y qué vientos lo traen por estos laos, perdonándome usted la pregunta?

Vitalino.—Pues ni sé, el amigo... Andariego que es uno. Yo dízque a ver qué se levanta por aquí. Como dicen que hay tanto trabajo y tanta plata...

Lolo (en broma).—Pues trabajo sí hay. Pero la plata no se vé.

Vitalino.—¿No será que la esconden?

Lolo.—O que se la beben... Nos la bebemos, mejor dicho. Lo único que le digo, paisano, es que trago sí es lo único que rumba los domingos por estos campamentos.

Vitalino.—¿Con que así es la cosa?

Lolo.—No hay de otra. ¿Qué va a hacer uno después de pasarse la semana entera echando hacha y voliendo rula y tri-l-lando barro?

Vitalino (irónico).—Muy macha la cosa pa que lo sepa, hermano.

Lolo.—Macha no es palabra... Esto aquí es de lo verraco que yo he conocido. Aquí le dá fiebre hasta a la quinina, pa que no hablemos muy largo.

Vitalino.—Eso me han dicho.

Lolo.—Y, ¿cómo es que es su gracia?

Vitalino.—Vitalino Zuluaga, para servirle.

Lolo.—Gracias, don Vitalino. Yo me llamo Lolo Peña por si algo se le ocurre.

Vitalino.—Le estimo altamente, señor... Y dígame una cosa, ya que nos conocemos mejor: usted conoce por aquí a una tal Jesusa Morales.

Lolo (caviloso).—¿Jesusa? No. No me suena por el momento.

Vitalino.—Piense bien a ver. ¿Una morenita más bien pálida, no muy muchachona ella, que tiene un pelao como de cinco años?

Lolo.—Pues no... no está en mis libros.

Vitalino.—Qué vaina, hombre.

Lolo.—¿De donde es ella?

Vitalino.—Pues yo ni sé. Creo que de Envigado. O de Itagüí, por lo que tengo entendido.

Lolo.—¿Ajá?

Vitalino.—Fue que me dijeron en Dabeiba que se había venido por aquí a buscar la vida. Y como somos medio amigos...

Lolo (vivamente).—Ah, sí. Ahora que caigo... ¿Simpática ella? ¿Con una calza de oro en uno de los dientes de arriba?

Vitalino.—Sí, precisamente...

Lolo.—¿Morenita y pelinegra?

Vitalino.—Eso es.

Lolo.—Pues claro que la conozco. Hasta plata le debo.

Vitalino.—¿Cómo así, hombre?

Lolo.—Sí, señor. Tiene un metejoncito en el kilómetro siete, para vender trago y cerveza a los cuadrilleros. Debe ser esa.

Vitalino.—Claro, esa es mi clienta.

Lolo.—Así de pronto no caí en la cuenta. Como aquí todos la llamamos *Jesusita*. Ni siquiera se le sabía el apelativo.

Vitalino.—¿Y vive sola?

Lolo.—Pues ella... así como sola del pipo no vive.

Vitalino.—¿Quién es el traído?

Lolo.—Un *Cecilio Ruiz*, hasta buena persona. Creo que de *Medellín*. Pero vive aquí hace tiempo.

Vitalino.—¿Y qué moda de cristiano es?

Lolo.—Pues yo que sé. Ni suena ni truena. Es un tipo que no se mete con nadie.

Vitalino.—¿Qué hace?

Lolo.—Lo que es en la construcción, no trabaja. Lo que yo creo es que él se levanta sus lupias vendiendo cosas de contrabando.

Vitalino (como al azar).—¿Ajá? Pues tengo que conocer a ese cristiano.

Lolo (incidentalmente).—¿Tiene algo que sentir de él?

Vitalino.—No, claro que no... ¿Quiere que nos tomemos el otro?

Lolo (humorísticamente).—¿No nos hará daño pa las ganas?

Vitalino.—Hasta daño nos hará. ¿No es pa eso que lo venden? Oiga, don, sírvase dos aguardientes dobles.

— III —

HITO.—Y una tarde, mientras el contrabandista se hallaba ausente, la mala sombra de *Vitalino Zuluaga* cayó por el rancho de *Jesusita Morales*.

Vitalino.—¿A vos qué te pasa? ¿Por qué te veo como asustada?

Susa (dominándose).—¿Asustada por qué? Pero como viniste tan de repente...

Vitalino (irónico).—¿De modo que no me estabas esperando?

Susa.—¿Por qué lo decís?

Vitalino.—Es que, por lo que noto, no es mucho lo que te alegrás de verme. ¿Y qué hay del niño?

Susa (secamente).—¿De cuándo acá salís vos preocupándote de él?

Vitalino (cínico).—Apegao que es uno a la mujer y a los hijos.

Susa (despectiva).—Será creerte.

Vitalino.—¿Por qué te figurás, entonces, que vengo?

Susa (amargamente).—Valiente trabajo saber... A atormentarme la vida que es lo único que has sabido desde que te conocí.

Vitalino (sarcástico).—¿De modo que no te alegrás de verme?

Susa.—Sinvergüenza sería.

Vitalino.—¿Y qué hay de tu traído?

Susa.—¿Cuál traído?

Vitalino (insidioso).—¿Cómo que cual? Hacéte de las nuevas... El tipo ese que vende contrabando... No me creás tan caído del zarzo, Susa. Sabélo que yo ya estoy muy grande pa que te vengás a hacer la avispada conmigo. ¿Donde está el tipo ese?

Susa.—Yo no sé de ningún tipo... Y, últimamente, ¿con qué derecho me venís a preguntar por mi vida? Nosotros nada tenemos que ver entre los dos.

Vitalino (ominoso).—Eso creés vos, Jesusa...

Susa (angustiada).—¿Por qué no me dejás en paz, Vitalino? ¿Qué mal te he hecho yo? ¿Por qué tenés que atormentarme la existencia si ya no me querés ni yo te pido nada?

Vitalino (burlón).—¿Y qué vas a saber vos si te quiero?

Susa (con firmeza).—No me querés... No me has querido nunca... Pero mejor así... Yo tampoco te quiero ya... Lo único que pido es que me dejés libre... Que no te acordés más de mí para bien ni para mal.

Vitalino (agriamente).—Eso es asunto mío. Sabelo que vengo por vos.

Susa (aterrada).—¿Por mí?

Vitalino.—Ya lo estás oyendo. Claro que antes de irme siempre tengo que hacer algunas cositas.

Susa (recelosa).—¿Qué cosas?

Vitalino.—Tengo que arreglar cuentas con un tal Cecilio.

Susa.—Con él no te metás, *Vitalino*... Con él no... ¿Qué te ha hecho? Ni siquiera te conoce. No te ha visto nunca... Conmigo hacé lo que querás... Nos vamos si es mando tuyo... (Llora desoladamente).

Vitalino (implacable).—Ah... ¿De modo que lo querés mucho? Pues de primera... Así lo mataré con más gusto.

Susa (sollozando).—*Vitalino*... Por amor de Dios...

Vitalino (desde la puerta, ya para marcharse).—Ahora, me voy. Pero vuelvo, ¿entendés? Con *Vitalino Zuluaga* no se juega. Apenas sea tiempo de viaje, te aviso... Encomendáte a Satanás y encomendálo a él que ahora me toca a mí.

Susa (a gritos, desesperadamente).—*Vitalino*... *Vitalino*...

(El hombre se marcha y la mujer sigue llorando).

— IV —

HITO.—Durante varios días con sus terribles noches de desvelo, *Jesusita Morales* ha guardado para sí sola su secreto y su angustia. Por salvar la vida del contrabandista, que ella cree amenazada a manos del peligroso individuo a quien alguna vez perteneció en la vida, hubiera sacrificado su propia suerte marchándose con él. Pero aún tamaño sacrificio sería inútil frente al vengativo propósito de *Vitalino Zuluaga*. Entonces se confió por entero a *Cecilio Ruiz*, al menos para que éste estuviera advertido del mortal peligro. Pero el pausado contrabandista no pareció inmutarse...

Cecilio (suavemente).—¿Estás segura de que ya no lo querés, negra?

Susa.—Me duele que me lo preguntés, *Cecilio*. Yo no te quiero más que a vos... Ese hombre ha sido una maldición para mí... Hace ya muchos años, desde que nació el niño, estoy se-

parada de él. Lo aborrezco con toda el alma pero le tengo miedo... Mucho miedo. Yo sé que no me quiere. Pero nada me gana con eso porque él no deja de perseguirme.

Cecilio (con calma).—¿Y aborreciéndolo tanto te resolvés a irte con él?

Susa (abatida).—¿Y qué voy a hacer?

Cecilio—Quedarte aquí en tu rancho.

Susa—No... Me tengo que ir con él... Ese hombre te mata...

Cecilio (llanamente).—A lo mejor puede que no.

Susa (desesperada).—Es que no lo conocés, *Cecilio*... Es un hombre muy malo... Ya ha matado a otros... Goza matando y haciendo sufrir... Es como un diablo... Hasta dicen que es ayudado y que el Patas no permite que le pueda nadie en la pelea de filo.

Cecilio (tranquilo).—Usté sabe, mijita, que no hay que hacer caso de todo lo que digan. Muere uno loco.

Susa (horrorizada).—Jesús mío...

Cecilio.—Ah...

Vitalino (parado en el marco de la puerta abierta).—¿Como que hablaban de mí?

Cecilio.—De usté hablábamos, precisamente, el caballero... Aquí la señora me estaba diciendo que usté dizque es ayudao pa la peinilla.

Vitalino (fanfarrón).—Pues tanto como ayudao no seré, pero siempre me tengo confiancita.

Cecilio (zumbón).—Eso se le nota, paisano.

Vitalino (belicoso).—Es que, como dicen por ai, a mí no ha habido pollo que me pise el ala.

Cecilio (imposible).—Como no. Eso también dicen, aunque a mí no me consta. Y también dizque ha matado a no sé cuantos.

Vitalino (tratando de dominarse).—Pues sí... Es que a veces se me ha ido la mano.

Cecilio (con fingido temor).—Ya ve, pues, que tenían razón cuando me dijeron que usté era un hombre de respeto.

Vitalino (bravucón).—Y es pa probálo.

Cecilio (con sutil burla).—Pues por supuesto, yo le creo así no más... Y dígame una cosa, señor: ¿usté dizque piensa irse con la señora aquí presente?

Vitalino (fuera de sí).—Me la llevo por encima de usté y de cien iguales... Pero antes de llevármela le voy a enseñar quien es *Vitalino Zuluaga*.

Cecilio (siempre tranquilo).—Vamos por partes, paisano. A ella no se la lleva, porque ella no tiene nada que ver con usté. Lo de nosotros dos ya es un asunto completamente diferente.

Susa (sin poderse contener).—*Cecilio*, por la Virgen... No te metás con él...

Vitalino (a la mujer).—¿Te dá miedo que te lo mate?

Susa (suplicante).—Yo me voy con vos... Ya te lo dije... Por amor de Dios...

Cecilio (interrumpiendo).—Vos te callás, hija... Esta es una cuestión de hombres... (Al otro). Y usté se me sale de aquí inmediatamente.

Vitalino.—¿Yo?

Cecilio.—Usté. Lárguese. La demora es lo que enfada. Y si cré que tenemos algo que arreglar, aquí afuerita, en el camino, se puede.

Vitalino.—En poco me ocupa...

Susa (aterrada).—*Cecilio*...

Cecilio.—No se afane, hija, que esto lo arreglamos en un momentico el señor y yo.

Vitalino (saltando afuera).—Aventáte, pues, si sos tan macho.

Cecilio.—Aquí estoy. Tiráme a ver... ¿Aonde es que vos cargás el monicongo?

(A partir de este momento solo se oye un diálogo ahogado, tranquilo por parte de *Cecilio* y vociferante, rabioso por la de *Vitalino*, chocar de machetes, ahogadas maldiciones, sordos golpes de cintarazos).

Vitalino (acesante).—No me tirés en el suelo...

Cecilio.—Yo no le tiro a nadie en el suelo, jijue... Bien podés pararte que no tengo afán...

.....

Vitalino (jadeante).—No me tirés así.

Cecilio (sombrió).—No te acobardés, maricón... Tiráme como querás. Vos no tenés agallas pa nada.

(Nueva pausa acesante y violenta).

Vitalino (ahogadamente).—Maldita sea...

Cecilio.—No te agallinés...

Vitalino (agobiado).—Conocé los que se agallinan...

Cecilio.—Bueno... Así me gusta... Me decís cuando te cansés porque te pienso dar una mano de plan como no te la han dado nunca en la vida...

(Golpes sordos, maldiciones confusas. La peinilla de Vitalino Zuluaga salta por el aire).

Vitalino (lleno de pánico).—No me tirés que estoy desarmao.

Cecilio.—Eso veo... Lo que te pasa es que no tenés idea de manejar una peinilla... ¿Te rendís?

Vitalino (sordamente).—Me rindo.

Cecilio (duramente).—Lástima, hombre... Cuando apenas estábamos empezando... (A la mujer). Susa... Susa... Venga, hija... Recójale la peinilla al paisano y guárdesela bien que mañana manda por ella.